

KARL HOFFMANN: NATURALISTA, MÉDICO Y HÉROE NACIONAL DE 1856-1857

Luko Hilje Q.

RESUMEN

Este artículo resalta la labor del médico y naturalista alemán Karl Hoffmann (1823-1859), quien ingresó a Costa Rica en 1854 con una carta de recomendación de su mentor Alexander von Humboldt, y acompañado de su esposa y su colega Alexander von Frantzius. A diferencia de quienes lo antecedieron, fue el primer naturalista que estudió tanto la flora como la fauna del país, descubriendo numerosas especies nuevas para la ciencia (de las cuales unas 40 portan su nombre), e hizo notables aportes en biogeografía, vulcanología y climatología. Al ocurrir la invasión filibustera comandada por William Walker, fungiría como el médico en jefe de nuestro ejército, cumpliendo extraordinarias faenas en las batallas de Santa Rosa y Rivas, así como frente a la devastadora epidemia de cólera. Estos labores repercutirían en su salud, intensificando una enfermedad que padecía desde su juventud. Pobre y viudo, moriría a los 35 años en Puntarenas, sin dejar descendencia. Está enterrado en el Cementerio General.

Palabras clave: Biología tropical, Alexander von Humboldt, Campaña Nacional, Juan Rafael Mora, William Walker

ABSTRACT

This article intends to highlight the contributions of Karl Hoffmann (1823-1859), a German physician and naturalist who arrived to Costa Rica in 1854 with a recommendation letter by his mentor Alexander von Humboldt, along with his wife and his colleague Alexander von Frantzius. In contrast to his predecessors, he was the first naturalist who studied both our flora and fauna, which allowed him to discover a great number of species new to science (of which some 40 were named after him), while making important contributions in biogeography, vulcanology and climatology. As a result of the invasion by the filibuster army led by William Walker, Hoffmann became the head of the medical team of our army, playing amazing duties as a surgeon in the Santa Rosa and Rivas battles, as well as while facing the devastating cholera epidemics. Such duties seriously affected his health, as they intensified an illness he has withstood from youth times. Poor and a widower, he died at age of 35 in Puntarenas, leaving no descendants. He is buried in the General Cemetery.

Keywords: Tropical biology, Alexander von Humboldt, National Campaign, Juan Rafael Mora, William Walker

INTRODUCCIÓN

En medio del inventario de crudeza y dolor que entraña toda guerra, abundan los héroes anónimos. Sí, de hombres y mujeres que, a solas con el silencio de sus conciencias, saben que aportaron en la defensa de sus principios o de su patria. Y este es el caso de la Campaña Nacional librada por poco más de un año -de abril de 1856 a mayo de 1857- contra las hordas filibusteras lideradas por William Walker y en la

que, cuando uno hurga en detalle en sus fuentes documentales, se percata de las innumerables muestras de heroísmo de nuestros combatientes

Por ello, es oportuno que al conmemorarse el Sesquicentenario de la Campaña Nacional, intentemos rescatar del olvido a uno de esos hombres, quien se entregó con devoción a salvar las vidas, tanto de los combatientes en los campos de batalla como del resto de la población durante la devastadora epidemia del cólera. Sí, de un hombre insólito quien, por no haber tenido descendencia

que lo perpetuara, sería borrado por el olvido, excepto por una lápida en el Cementerio General de San José, cuya inscripción "Costa Rica / al Doctor Karl Hoffmann / Cirujano Mayor del Ejército en la Guerra Nacional", nos evoca los sucesos tristes a la vez que hermosos de cuando se conquistó nuestra verdadera independencia, afianzándose así la soberanía y dignidad nacionales.

Y menos habríamos sabido de él, de no haber sido por el providencial y muy amplio obituario que escribiera en la prensa poco después de su muerte su cercano amigo Nazario Toledo, médico guatemalteco que fuera una destacada figura pública en la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XIX. Esa sería la materia prima para alusiones posteriores a él, por parte de González Flores (1921) y León (1941), ampliamente enriquecidas por Alfaro de Jiménez (1963), las cuales culminarían en un pequeño libro de Meléndez (1976).

Aunque a primera vista podría pensarse que dicho libro contiene todo lo conocido sobre Hoffmann, cuando me interesé en profundizar en sus aportes como naturalista, me percaté de que había ricas fuentes primarias -tanto en documentos de los Archivos Nacionales como en periódicos en la Biblioteca Nacional- que nunca habían sido exploradas. Y, tal sería el volumen del material acopiado, que de su síntesis e interpretación resultaría un libro (Hilje 2006), el cual enfatiza sus contribuciones científicas como naturalista, mientras que hay otro en preparación acerca de su legado cívico y médico en el contexto geográfico y humano de la Campaña Nacional.

Por tanto, nuestro propósito aquí es reseñar el legado de Hoffmann, inusitado explorador de nuestra naturaleza, pero también médico que en su altruismo y humanismo entregó la vida por nuestra patria.

ALEMÁN Y PRUSIANO

Karl Hoffmann Brehmer nació el 7 de diciembre de 1823 en el puerto fluvial de Stettin (hoy Szczecin, y perteneciente a Polonia), en la ribera del río Oder, que era la capital de

Pomerania, la más importante provincia agrícola del reino de Prusia y del imperio alemán. A los 23 años de edad recibiría el título de doctor en medicina en la Universidad de Berlín, donde coincidió con Alexander von Frantzius con quien, además de la profesión médica e intereses comunes en las ciencias naturales, emprendería un viaje hacia Costa Rica a fines de 1853. Pero sus años de estudiante universitario coincidieron con fuertes luchas antimonárquicas en Europa, impulsadas por sectores que promovían regímenes liberales, democráticos y representativos, así como equitativos socialmente.

Aunque la célebre insurrección de julio de 1830 en París fracasó de momento, había estremecido a tal grado los cimientos de las monarquías y el absolutismo, que resurgiría en gran parte de Europa en la primavera de 1847, para culminar en febrero de 1848 con una descomunal revuelta que provocaría el derrocamiento de Luis Felipe I y la proclamación de la Segunda República en Francia. Ello desencadenaría una ola de insurrecciones en varios países, incluyendo el imperio alemán. En Prusia, Federico Guillermo IV prometió la constitución de un parlamento democrático y propuso luchar por la unificación de Alemania, pero las revoluciones se desnaturalizarían y en Prusia el rey lograría imponer una constitución autoritaria.

En el caso de la Confederación Germánica, algunos sectores intelectuales se habían organizado en sociedades clandestinas para impulsar sus luchas y, al parecer, uno de los líderes era Fernando Streber, hombre 14 años mayor que él, a quien Hoffmann conoció durante esas jornadas cívicas.

Desvanecidas las ilusiones, lo acontecido en Prusia con el autoritarismo conduciría a severas medidas represivas, así como a una grave crisis económica en las zonas rurales y urbanas, que causaría migraciones masivas de ciudadanos empobrecidos, especialmente hacia América.

RUMBO A COSTA RICA

Para entonces, el territorio de Costa Rica estaba casi deshabitado, con apenas unos

100.000 habitantes. La mayoría se concentraba en el Valle Central, donde predominaba la producción de café, junto con el tabaco y la caña de azúcar, más algunos cultivos alimenticios (granos y hortalizas) y la ganadería. Exceptuando grandes haciendas ganaderas y cañeras en Guanacaste, Esparza, Puntarenas, Paraíso y Turrialba, abundaban los bosques prístinos. Visualizando el desarrollo del país, varios gobiernos habían promovido el establecimiento de colonias agrícolas, seguros de lograrlo con la inyección de capital foráneo y de mano de obra calificada, proveniente de Europa. Pero los intentos, en Sarapiquí, el Pacífico Central y Golfo Dulce, a cargo de ingleses y franceses, habían abortado rápidamente. No obstante, ante la gravedad de la situación en Alemania, nuestro gobierno haría un esfuerzo explícito en reclutar ciudadanos alemanes, el cual cuajaría con la fundación en Alemania de la Sociedad Berlinese de Colonización para Centroamérica, con numerosos accionistas, en febrero de 1850.

Sería así como, primero a Miravalles y después a Turrialba, llegarían contingentes de alemanes pobres, quienes alentaban caros sueños en un nuevo país abundante en tierras y oportunidades dado su inusitado auge cafetalero y su estratégica ubicación geográfica, cerca del proyectado canal de Nicaragua. De hecho, 33 de los pasajeros del bergantín Antoinette, en el cual llegó Hoffmann, venían para la colonia de Angostura, en el valle de Tuis, en Turrialba.

Las evidencias indican que fue Streber quien indujo a Hoffmann para que migrara hacia Costa Rica, pues para entonces era funcionario de la Sociedad, dirigida aquí por el barón Alexander von Bülow, el conde Hermann von Lippe y el ingeniero Francisco Kurtze. Pero en su decisión también pesó la influencia del sabio naturalista, humanista y enciclopedista Alejandro von Humboldt, a quien Hoffmann y von Frantzius conocieron ya anciano, a su regreso de Francia, donde residió por 23 años tras sus célebres expediciones por varios países sudamericanos y México. De hecho, Humboldt escribiría una significativa y entusiasta carta de recomendación para ambos, dirigida al presidente don Juanito Mora.

DE ESTE LADO DEL ATLÁNTICO

Hoffmann y su esposa Emilia, acompañados por von Frantzius, arribaron la noche del 14 de diciembre de 1853 a San Juan del Norte (Greytown), en la costa caribeña de Nicaragua. Por casualidad, también venía con sus hijos el naturalista Julián Carmiol, quien estaba viudo.

La travesía desde San Juan del Norte hasta San José era muy complicada, y, además, debieron hacerla en una época de muy fuertes lluvias. Inicialmente debían remontar las aguas del río San Juan para, a partir de La Trinidad, navegar también contracorriente el río Sarapiquí y llegar a Muelle. Ahí se iniciaba la porción terrestre de la ruta, que era una estrecha y enlodada vereda entre el bosque, llena de peligros, la cual ascendía a través de La Virgen, San Miguel, Cariblanco y Vara Blanca, para superar la Cordillera Volcánica Central a través del paso de El Desengaño y llegar a Barva, Heredia y San José. Este recorrido les tomaría más de dos semanas.

Los Hoffmann se establecerían en la capital, donde había una numerosa colonia alemana; de hecho, en 1864 (ocho años después de la Campaña Nacional), un censo revelaba el predominio de alemanes (164), seguidos por franceses (65), ingleses (54), escoceses (20) e italianos (18). San José era entonces una pequeña aldea, rodeada por cafetales y cañaverales. Casi todas las casas eran de adobe, con techo de tejas y piso de tierra apisonada, y las calles eran empedradas. El agua circulaba mediante una red de acequias a partir de quebradas vecinas y la débil iluminación pública provenía de faroles de aceite.

Pronto convertiría su casa -ubicada cerca de la actual plaza de las Garantías Sociales- también en un consultorio médico y en botica, e incluso en vinotería por un tiempo. Como muy calificado médico que era, pronto adquirió gran prestigio en nuestra sociedad, el cual se acrecentó con su don de gentes, humildad, compasión y espíritu de servicio, lo cual refrendaría durante la Campaña Nacional. Asimismo, al parecer por iniciativa suya creó el pequeño y bilingüe Periódico Alemán de Costa Rica, junto con Streber y Kurtze, el cual tenía agentes en varios países. Mientras tanto, soportaba una enfermedad crónica, que lo había aquejado desde joven.

SUS ANHELOS DE NATURALISTA

Dedicado a la actividad como médico para subsistir, debió postergar sus anhelos de naturalista, en medio de un ambiente pletrónico en biodiversidad que lo provocaba, mientras se estabilizaba económicamente.

Subyugado por la majestuosidad del volcán Irazú -que era imposible no mirar desde su casa, en la zona oriental de la capital-, lo escalaría el 5 de mayo de 1855, y haría lo propio con el volcán Barva el 27 de agosto, legando sendos relatos de rico contenido científico y desbordante lirismo. Mientras tanto, en sus ratos libres recolectaba especímenes en lugares no muy distantes de la capital, como La Uruca, Aserrí, Curridabat, Heredia y La Garita, aunque también se aventuraría por Naranjo y los Montes del Aguacate.

Era un naturalista de gran intuición, capacidad analítica y amplia formación académica, a lo que sumaba su sensibilidad social. Fue así como sus aportes versaron no solo sobre cuestiones biológicas, así como biofísicas (en vulcanología y climatología), sino que en sus relatos nunca desestimó al ser humano habitante de los entornos rurales, con apreciaciones propias de la antropología social.

Una notable contribución científica suya fue la primera clasificación de nuestra vegetación, de acuerdo con los pisos altitudinales del país, aunque su mayor aporte sería la incesante recolección de plantas y animales, pero era frustrante no poder identificar sus muestras, debido al nulo o escaso conocimiento de nuestra flora y fauna entonces. En tales condiciones, Hoffmann debía recurrir a los pocos libros especializados en la taxonomía de plantas y animales de Guyana y Brasil, como *Reise in Guiana y Viaje a Brasil* en los años 1815-17, de sus paisanos Robert H. Schomburgk y Maximilian de Wied, respectivamente. De hecho, los únicos botánicos que habían explorado nuestro país eran Anders S. Oersted y Josef von Warscewicz, y ningún zólogo había llegado aún a nuestras costas.

Para solventar esta situación, Hoffmann se alió con prominentes taxónomos, como Johann F. Klotzsch (Museo Botánico) y Wilhelm Peters (Museo Real de Zoología), lo que permitió el

continuo flujo de especímenes hacia Berlín. A pesar de las numerosas dificultades logísticas y de salud que enfrentó, hasta 1858 había enviado 928 especímenes de plantas a Klotzsch y 300 de animales (insectos, peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos) a Peters. De este colosal esfuerzo resultarían descritas numerosas especies nuevas para la ciencia y, como reconocimiento a su labor, unas 22 especies de plantas y 16 de animales serían bautizadas con su nombre. La primera especie así bautizada por Peters, fue el oso perezoso *Choloepus hoffmanni*. Otros ejemplos son:

Plantas

Anthurium hoffmannii (Araceae) - Anturio
Asplenium hoffmannii (Aspleniaceae) - Helecho
Croton hoffmannii (= *turrialva*) (Euphorbiaceae) - Targuá, terré
Euphorbia hoffmanniana (Euphorbiaceae) - Lechilla, pascuita
Philodendron hoffmannii (Araceae) - Pariente de la mano de tigre
Pseudogynoxys (= *Senecio*) *hoffmannii* (Asteraceae) - San Rafael

Animales

Drymaeus hoffmanni (Orthalicidae) - Caracol
Chondrodesmus hoffmanni (Chelodesmidae) - Milpiés
Sphaerobothria hoffmanni (Theraphosidae) - Araña picacaballo, tarántula
Anolis cupreus hoffmanni (Polychrotidae) - Lagartija
Geophis (= *Colobognathus*) *hoffmanni* (Colubridae) - Culebra de tierra
Melanerpes (= *Centurus*) *hoffmannii* (Picidae) - Carpintero de Hoffmann

En realidad, su mayor anhelo era publicar un libro titulado *Flora y fauna de Costa Rica*, pero esto se frustraría debido a su seria enfermedad. Medio año antes de morir sus manos estaban casi paralizadas y ya ni siquiera podía salir a recolectar. Debe reconocerse que sus aportes como naturalista fueron inusitados, considerando que su período de actividad científica en Costa Rica fue sumamente breve, de poco más de dos años (1854, 1855 y el primer trimestre de

1856), ya que después de la primera etapa de la Campaña su salud decaería irreversiblemente.

EN EL FRENTE DE GUERRA

Al sobrevenir el ataque filibustero, el 1º de marzo de 1856 don Juanito convocó a la población a las armas, mediante una emotiva proclama, ante lo cual ese mismo día 35 alemanes residentes en San José respondieron con una breve pero significativa carta, poniéndose a las órdenes suyas. De hecho, varios irían al frente de batalla, algunos cumpliendo tareas de alto nivel militar, como von Bülow y Kurtze. Don Juanito nombró a Hoffmann Cirujano Mayor del Ejército Expedicionario.}

Tres días después nuestras tropas partían hacia Puntarenas, de donde se desplazaron a Liberia. Adivinando que el país había sido invadido, don Juanito envió una columna, la cual se enfrentó el 20 de marzo a 300 filibusteros en la hacienda Santa Rosa, los cuales fueron derrotados en apenas 14 minutos. En nuestras filas hubo 20 muertos y 31 heridos, que serían atendidos primero por el Dr. Cruz Alvarado, tras lo cual Hoffmann llegaría de Liberia, por solicitud de don Juanito. Pocos días después nuestros combatientes penetraban en Nicaragua, y después de un corto combate en La Virgen, Hoffmann toparía con el desafío de amputar la pierna a un combatiente, como anticipo de la crudeza que se viviría cuatro días después en Rivas.

En efecto, el 11 de abril los filibusteros atacaron temprano y en forma sorpresiva, tomando desprevenidas a nuestras tropas. La sangre que tiñó profusa las calles y paredes de Rivas fue la evidencia del coraje con que se combatió ese día, pero el saldo sería aterrador en nuestras filas: 500 muertos y 300 heridos. En el improvisado hospital montado ese día por la tarde en la casa de Maliaño, Hoffmann contaría con el apoyo de los doctores Andrés Sáenz Llorente y Francisco Bastos, así como del ayudante Carlos Moya, para acometer tan descomunal y cruel tarea, pero lo haría con gran calidad profesional y humana.

De ello dan fe varios partes militares y, en particular, el del general Pedro Barillier, quien

decía a don Juanito: “Siento, señor Presidente, no haber podido dar aquí más lugar a los héroes de tan sangrienta lucha: la abnegación del General [José Manuel] Quirós, del Comandante [Juan Francisco] Corrales y del Capitán [Carlos] Alvarado [Barroeta]; la decisión del Comandante [Juan] Alfaro [Ruiz]; la intrepidez de los Capitanes Zenón Mayorga y Joaquín Fernández, y en general el valor a toda prueba de la oficialidad casi entera son para el Ejército costarricense recuerdos imperecederos de gloria, ¡y cuánto celo y acierto en los inteligentes cuidados prodigados a nuestros numerosos heridos por el señor Cirujano en Jefe Carlos Hoffmann!”.

Sí, lo hizo con acierto, junto con sus colaboradores, a pesar de las deplorables condiciones de higiene en Rivas y de la falta de camas y medicinas para atender a tan desproporcionada cantidad de heridos. Pero ello lo desgastaría fuertemente, como se colige del siguiente mensaje del francés Adolphe Marie -en nombre del Estado Mayor- enviara al ministro de Guerra Manuel José Carazo: “La recomendable actividad desplegada por el Señor Doctor Hoffmann, Cirujano en Jefe, sigue produciendo los mejores resultados; pero el mismo esmero con que prodiga sus cuidados a los heridos, no le deja tiempo para atender a otras enfermedades, y le expone a fatigas que pueden privarnos momentáneamente de su preciosa existencia”.

ANTE LA EPIDEMIA DE CÓLERA

Pero lo peor estaba aún por llegar: la peste de cólera morbus. De esta enfermedad, causada por la bacteria *Vibrio cholerae*, se desconocía su agente causal, lo cual impidió a Hoffmann y su equipo asesorar bien a don Juanito. Esto condujo a un gravísimo error pues, al creer que era transmitida como miasmas (emanaciones pútridas) propias del clima de Rivas, se ordenó el retorno transitorio de nuestras tropas a sus hogares, lo cual diseminaría la peste en el interior del país, hasta provocar unos 10.000 muertos, vale decir, el 8-10% de la población.

Ante tan tétrica y desoladora situación, signada por el trajín de carretas con pilas de

muerdos que eran enterrados de inmediato en fosas colectivas y recubiertos con cal, por la prensa surgiría la voz reconfortante de Hoffmann aportando consejos para encarar tan temible peste, pues en Alemania él había realizado una pasantía en un hospital con enfermos de cólera.

A sus palabras sabias y prudentes, orientadas a tranquilizar a la población, sumaba su intuición, recomendando algunas medidas (evitar frutas y bebidas fermentadas, así como consumir reconstituyentes y buen licor en forma moderada) que hoy se sabe que funcionan contra dicho mal. Incluso él solo o junto con otros médicos -como el estadounidense Santiago Hogan, primer director del Hospital San Juan de Dios- desarrolló una medicina anti-colérica o mixtura tónica, de la cual se recomendaba verse 20-30 gotas en coñac o vino. El alto consumo registrado, sugiere que contribuyó de manera importante a evitar que murieran las personas infectadas. La epidemia empezó a ceder, y para mediados de julio de 1856 se había desvanecido, en virtud del comportamiento típico de las epidemias pero -en mi criterio- también por la acertada intervención de nuestros médicos. En esa época el país estaba devastado, no solo por tantas muertes y por el estado de inseguridad que originó, sino también desde el punto de vista económico. Mientras tanto Walker continuaba ganando poder en Nicaragua, previendo reinvadir nuestro país, ante lo cual don Juanito decidiría reanudar la guerra, lo cual ocurrió a fines de 1856.

DUROS TIEMPOS FINALES

Tenemos evidencias indirectas de que fue durante la propia epidemia de cólera que la salud de Hoffmann se deterioró de manera irreversible, por lo que no se contaría con su apoyo para la segunda etapa de la Campaña, la cual ocurriría en el río San Juan, principalmente.

A partir de mediados de 1856, entonces, y hasta inicios de 1859, Hoffmann estuvo enfrentando su insidiosa enfermedad, la cual le dificultaba ejercer como médico. Años después, ante su difícil situación económica, don

Juanito tomaría la iniciativa de otorgarle una pensión vitalicia (por un monto mensual de 50 pesos), efectiva a partir del 1º de marzo de 1858. El Congreso la aprobaría, tras resaltar que: “[...] Son tan conocidos de los costarricenses los servicios que el Doctor Carlos Hoffmann prestó a la nación en la época de mayores conflictos de guerra y de epidemia del cólera, que dejarlo sin recompensa sería dar una prueba de que carecíamos de los más nobles sentimientos de gratitud: tantos sacrificios, tanta abnegación en un extranjero no debe quedar sin recompensa [...]”.

A pesar de sus dificultades para escribir, él dedicó buena parte de su tiempo a pulir el relato acerca de su ascenso al volcán Barva, lo cual culminó en junio de 1858, como lo consignó él al indicar que “la guerra de Nicaragua contra Walker, en la que me hallé como Cirujano en Jefe, el cólera y enfermedades han sido causa de la tardía publicación de estas líneas”.

En febrero de 1859 Hoffmann y su esposa -quienes no tuvieron hijos- se marcharían hacia Puntarenas, buscando un clima cálido para mitigar la enfermedad de él, la cual aparentemente estaba relacionada con la médula ósea, aunque era difícil de precisar con los limitados conocimientos médicos de la época. Tristemente, recién llegados allá Emilia moriría debido a una epidemia local de tifoidea, lo cual abatiría por completo a Hoffmann, pues ella su único bastión afectivo y emocional. La depresión agravaría su muy deteriorada salud y pocos meses después, tras once horas de agonía, expiraría el 11 de mayo por la tarde.

Tres días antes de su muerte, el 8 de mayo, don Juanito había asumido la presidencia de la República por tercera vez. Para entonces, desde su lecho de enfermo dictó a su leal amigo y albacea Rodolfo Quehl -quien lo había acompañado como ayudante de enfermería en Rivas- una emotiva carta, la cual culminaba expresando que: “he puesto un pie ya en el borde del sepulcro pero procuro conciliar mis ideas para manifestar mis deseos. ¡Quiera el cielo conservar la vida de S.E. [Su Excelencia] para la felicidad y grandeza de la joven Centro-América!”.

Sería enterrado al día siguiente en el cementerio de Esparza, acatando la voluntad expresada en su testamento -en el cual los trazos de su firma son temblorosos y torpes, por su enfermedad y preparado apenas dos semanas antes de morir-, así: "Mi mayor deseo es que mi cadáver sea sepultado al lado del de mi querida esposa; pero que mi entierro o funerales sean hechos sin pompa ni ostentaciones".

Y así, colocado en una fosa contigua a la de su amada esposa, sería como lo hallarían, con su uniforme de teniente coronel de nuestro ejército, cuando 70 años después sus restos fueron exhumados, a raíz de la inauguración del monumento a don Juanito frente al edificio de Correos, el 1º de mayo de 1929. Dos días antes, por la mañana, en la plazoleta del cuartel de Artillería tres cañonazos anunciaban el inicio del funeral, tributado con la pompa pertinente a un General de Brigada. Después, la pequeña urna con los restos de Karl y Emilia -con las banderas de Alemania y Costa Rica entrelazadas- colocada una cureña recorrería las calles de la capital ante miles de ciudadanos, rumbo al Cementerio General. El cortejo lo formaban el presidente Cleto González Víquez y su gabinete, embajadores, miembros de la colonia alemana y otras personalidades.

Los discursos pertinentes -todos muy emotivos y rebosantes de gratitud hacia este hombre insólito- fueron culminados con las detonaciones de salvas de cañones, tras lo cual la pequeña urna fue depositada en la nueva tumba, donde aún hoy reposan. Pero no lo debemos olvidar, lo cual podremos lograr acrecentando su ya inmarcesible ejemplo y legado de naturalista, médico y humanista, que es parte del patrimonio moral y cívico de esta Costa Rica que tanto amara y por la que entregó su vida con tal de salvar la de tantos de sus nuevos compatriotas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro de Jiménez, Isabel. (1963). Apuntes sobre el Dr. Carl Hoffman (1823-1859). Anales de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. I. 1959-1963. Imprenta Nacional. p. 51-73.
- Arias Sánchez, Raúl. (2002). Del Protomedicato al Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica; 145 años de historia. Editorial Porvenir. San José, Costa Rica. 375 p.
- González Flores, Luis Felipe. 1976. Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica. Biblioteca Patria. Editorial Costa Rica. San José, Costa Rica. 306 p.
- Herrera Balharry, Eugenio. (1988). Los alemanes y el estado cafetalero. EUNED. San José, Costa Rica. 230 p.
- Hilje Quirós, Luko. (2006). Karl Hoffmann: naturalista, médico y héroe nacional. Instituto Nacional de Biodiversidad (INBio). Heredia, Costa Rica. 200 p.
- León Arguedas, Jorge. (1941). "Carlos Hoffmann. Nota biográfica" En: Revista de los Archivos Nacionales. Costa Rica. 3-4: 311-133.
- Meléndez Chaverri, Carlos. (1976). Carl Hoffman. Viajes por Costa Rica. Serie Nos Ven No. 6. Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. San José, Costa Rica. 219 p.
- Obregón Loría, Rafael. (1991). Costa Rica y la guerra contra los filibusteros. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría. Alajuela, Costa Rica. 409 p.
- Toledo, Nazario. (1859). Necrología. Crónica de Costa Rica, No. 215. 21-V-1859. p. 4.